

RIZAL Y EL AMOR DE ESPAÑA

FUE antiespañol el doctor José Rizal? Así, triste es confesar, lo pregonan todavía muchos en Filipinas, quienes no aciertan a honrar la memoria del eximio héroe sin que tengan que hacer destilar de su vida y escritos el más acibarado odio a España y a cuanto ella representara en mi país, en sus siglos de dominio.

Al cumplirse, una vez más, el aniversario del fusilamiento del prócer tagalo, que tuvo lugar en el Campo de Bagumbayan en 30 de diciembre de 1896, dediquemos unas líneas al estudio de la presunta hispanofobia del héroe, seguros de que, con la dilucidación de la verdad que en ella hubiere, habríamos de aportar nuestro tributo de homenaje al padre de las libertades nacionales filipinas.

En refutación de ese alegado antiespañolismo del doctor Rizal, fuerza nos es acudir a los actos de su vida y a los escritos que dejó, en que, a buen seguro, habrían de haberse manifestado. Y si, al momento, se nos agolpa en la memoria el episodio del juicio sumarísimo y consiguiente fusilamiento del doctor José Rizal, no olvidamos, empero, que fué precisamente en los trances difíciles de la ejecución en los que el gran kalambeño hiciera profesión de españolismo al declarar: «No he sido nunca traidor a España». ¿A qué este descargo, harto sincero en gracia de las circunstancias, si, como se pretende, Rizal odiaba a España? Mejor le hubiera sido rubricar su muerte heroica con una solemne condenación y repudio del régimen español y sus instituciones en Filipinas.

Adentrémonos todavía mejor en la intimidad de la vida del héroe. Para este menester, nada más propicio que repasar su voluminoso epistolario, ya que las cartas son el mejor espejo en que se reflejan los verdaderos sentimientos del hombre. Y si en las cartas del doctor Rizal abundan las acritudes para con los graves desaciertos de la Administración pública de fin de siglo, en cambio, no faltan textos que, con clara evidencia, patentizan el hondo amor que Rizal profesara a la Madre Patria, así como la acertada distinción que sabía hacer entre España y algunos de sus hijos.

Así, se lee en una instancia elevada por el doctor Rizal, desde Hong-Kong, a la primera autoridad de Filipinas:

Como el pensamiento de toda mi vida ha sido siempre el amor a mi país y su desarrollo moral y material, y como ahora me parece que este desarrollo se inicia muy bien bajo el gobierno de V. E., considero de mi deber no sólo respetar su gobierno, sino también procurar, si necesario fuera, la adhesión a España de todos los filipinos. (Epistolario Rizalino, tomo III, página 92; instancia fechada en 21 de marzo de 1892.)

Es el constante afán por deslindar el amor y la lealtad a España de la debida a sus funcionarios, que merecían lo mismo en cuanto se mostraban fieles al deber jurado y solventaban los altos propósitos de la Madre Patria. Afán ya expresado con anterioridad en un artículo publicado en Barcelona, con fecha de 15 de junio de 1889, y en el que escribía:

...nosotros continuaremos nuestro camino, seguiremos siendo fieles a España, mientras los que dirigen sus destinos tengan una centella de amor para nuestro país, mientras haya ministros que planteen liberales reformas, mientras el clamoreo de invectivas no borre de nuestra memoria los nombres de Legazpi, Salcedo, Carriedo, y sobre todo, los nombres de los antiguos reyes católicos, que protegían desde lejos a los desgraciados malayos de Filipinas. (Ob. cit., tomo III, páginas 270-271.)

Conviene hacer notar que este sincero hispanismo del doctor Rizal en nada amenguaba su amor a la patria nativa, y, por tanto, sin caer en el error indigno y estulto de suponer que el amor a Filipinas debía descansar en el odio a España, no por eso el doctor Rizal incurría en un confusio-

nismo, que hubiera sido de lamentar. Como ya lo indicó el escritor español don Wenceslao E. Retana, para Rizal una era España y otra Filipinas, sin confundirse en amplexo de aniquilamiento o absorción total por parte de aquélla para con ésta, pero sin distanciaci3n hostil, tampoco, que obligara

a Filipinas a olvidar a la Madre Patria y a dejar de amarla por todo cuanto hiciera en favor de las islas.

De aquí que Rizal declarara, en una poesía laudatoria dedicada al comandante Carnicero, español, del Distrito Militar de Dapitán (Isla de Mindanao):

*Más que jefe y comandante
Que impere con dura mano,
Seguid siendo el buen hispano
Del distrito, padre amante;
Y puesto que en este instante
Sois la autoridad primera
Del pueblo que a la bandera
de España fiel se cobija,*

*Sed un padre para la hija
Que sólo en su madre espera.*

*.....
Que nuestro más grande anhelo
Es que en esta tierra extraña
Encontréis la misma España
Con el mismo sol y cielo.
(Ob. cit., tomo IV, pág. 27.)*

Como quiera que esta poesía lleva fecha de 26 de agosto de 1892, no faltará quien nos recuerde que, a la sazón, el doctor José Rizal se hallaba desterrado en Dapitán y que el comandante Carnicero era precisamente su guardián. Fácil será suponer, por tanto, que las condiciones imperantes restarían sinceridad a los conceptos vertidos en el mensaje de felicitación. Aparte la velada ofensa que se infiere al héroe, en quien se presume duplicidad, rechazamos la insinuación ya que obran textos contemporáneos en los que el doctor Rizal, como si adivinara el reparo avieso, insiste en la sinceridad con que siempre ha escrito. En carta dirigida al Rvdo. P. Pastells, S. J., prefiriendo soslayar la cuesti3n política que había motivado su destierro, Rizal escribe:

Sin libertad, una idea algo independiente sería provocativa, y otra afectuosa sería considerada como bajeza o adulaci3n, y no puedo ser ni provocador, ni bajo, ni adulator. (Ob. cit., tomo IV, pág. 62; carta que lleva fecha de 11 de noviembre de 1892.)

Leído esto, ¿quién se atrevería aún a insistir en la falta de sinceridad del héroe filipino? Más tarde, se expresaría con mayor vigor, así:

Antes me corto la mano que escribir una cosa falsa. (Ob. cit., tomo IV, página 111; carta dirigida a don Fernando Blumentritt, en 15 de febrero de 1893.)

No es de extrañar que se lean tales insistencias. Lo que mayormente distinguió al héroe filipino fué siempre su ciega lealtad a la verdad y su culto a la sinceridad. Es innegable que hubo, en su vida, momentos de desvarío, que le hicieron abrazar errores lamentabilísimos, pero si así se condujo, fué en la firme creencia de que estaba en la verdad, y su misma lealtad a ésta le hacía incólume en el error, en tanto no le fuera demostrado su carácter de tal; en cuyo caso, retornaba sin demora al camino recto, y, con la misma gallardía, repudiaba el error profesado. Lo prueban estos pensamientos cumbres que estampara en la carta de despedida que, en Hong-Kong, envió a sus padres y demás familiares, el día 20 de junio

El hombre debe morir por su deber y sus convicciones. Sostengo todas las ideas que he vertido respecto al estado y porvenir de mi patria, y moriré gustoso por ella... (Ob. cit., tomo III, pág. 346.)

Fuera superfluo, en mi opini3n, aducir más textos. Mas, llevado de mi convicci3n del amor que Rizal profesó a España, permítaseme, a modo de cima y remate de estos renglones, citar un postrer texto categórico del héroe, en que rechaza el cargo que se le hacía y, de paso, indica el concepto que tiene de los que le tildaran de antiespañol:

El señor Sitges, Comandante Militar de Dapitán, que sustituyó al anterior, señor Carnicero, sabe ya que "no soy el antiespañol que mis enemigos han querido pintar"... (Ob. cit., tomo IV, pág. 249; carta, con fecha de 8 de mayo de 1895, dirigida al Gobernador General, Excmo. Sr. D. Ramón Blanco. El subrayado es nuestro.)

¿Osaría todavía alguno contradecir más al héroe?